

Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo indica la historia de nuestra revolución. Para el triunfo definitivo del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no bastan los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia; para esto hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países adelantados.

[...] ¿ En qué consiste el defecto de esta formulación?

Su defecto consiste en que funde en una sola dos cuestiones distintas: la cuestión de la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo con las fuerzas de un solo país, cuestión a la que hay que dar una respuesta afirmativa, y la cuestión de si un país con dictadura del proletariado puede considerarse completamente garantizado contra la intervención y, por tanto, contra la restauración del viejo régimen, sin una revolución victoriosa en otros países, cuestión a la que hay que dar una respuesta negativa

—J. Stalin

Fernando Claudí

Octubre y el movimiento comunista*

1

La constitución de la Internacional Comunista, su plataforma política y sus características organizativas, sus concepciones estratégicas y tácticas fueron condicionadas de modo decisivo por la teoría leninista de la revolución rusa y de la revolución mundial. Pero la marcha de los acontecimientos en el capitalismo avanzado contradijo rápidamente las hipótesis de Lenin sobre el grado de madurez y el curso inmediato de la revolución mundial. Toda la historia posterior ha puesto en evidencia, y cada vez con mayor claridad, que tal contradicción era reveladora de carencias y de presupuestos erróneos en la representación teórica leninista de la sociedad capitalista occidental; mostrando con claridad que desde tal punto se hacía objetivamente necesario el replantear de nuevo toda la problemática de la revolución socialista en este tipo de sociedad.

Pero esta necesidad objetiva sólo fue reconocida y asumida por las fuerzas agrupadas en torno a la IC para aspectos muy parciales y sobre todo tácticos. Se estimó el fracaso de la revolución en el capitalismo avanzado como algo pasajero –debido especialmente a la "traición" de los jefes de la socialdemocracia– que no ponía en cuestión las tesis teóricas marxistas ni en su versión ortodoxa clásica ni en su versión leninista. y simultáneamente la inicial victoria de la revolución proletaria en un país atrasado, semicapitalista y semifeudal, periférico respecto al área vital del sistema capitalista, fue interpretada como la prueba absoluta de que la teoría marxista de la revolución había alcanzado en su versión leninista la cima de la perfección científica. El régimen soviético constituía la concreción ejemplar de la dictadura del proletariado, y la estrategia y la táctica leninistas eran el modelo de estrategia y táctica para todos los partidos comunistas, a los cuales sólo les faltaba adaptarlas a sus respectivas condiciones nacionales. E incluso esta adaptación sólo dependía de ellos parcialmente: era el comité ejecutivo de la IC, es decir, el centro bolchevique, el que decidía

* Este texto corresponde al epílogo de la edición francesa de *La crisis del movimiento comunista*.

en última instancia. En una palabra, la verdad de la revolución rusa se convirtió en la verdad de la revolución para todas las latitudes, apenas con algunos ajustes menores.

En posesión de esta verdad universal, la IC se opuso con "intransigencia bolchevique" a las restantes tendencias y fracciones del movimiento obrero. No se limitó a cerrarles sus puertas, sino que contribuyó también en gran medida a hacer imposible la colaboración y la discusión con ellas. Al tiempo que se desvanecía el espejismo de la guerra civil internacional y se instauraba la coexistencia más o menos pacífica entre el Estado soviético y los Estados capitalistas, se instauraba un ambiente de guerra civil en el seno del movimiento obrero. En lugar de facilitar un fecundo intercambio entre la experiencia y el pensamiento de los revolucionarios rusos y el movimiento obrero occidental, la IC se transformó en una barrera. Y no sólo frente a las corrientes reformistas —hecho de por sí suficientemente grave, puesto que englobaban a la mayoría del proletariado y solamente una vinculación viva con estas masas podría hacer eficaz la lucha ideológica y política contra el reformismo—, sino también frente a corrientes revolucionarias de tipo sindicalista o anarcosindicalista, e incluso frente a determinadas corrientes de raíces auténticamente marxistas, como el luxemburguismo o la expresada por *L'Ordine Nuovo* y otras, nacidas en la izquierda de la socialdemocracia. Las clarividentes reflexiones críticas de Rosa Luxemburgo sobre la revolución rusa y el modelo bolchevique de partido, su profética advertencia sobre las graves consecuencias que traería al movimiento comunista internacional la pretensión de quererle imponer el bolchevismo como modelo y sus ideas sobre la estrategia y táctica a seguir en las condiciones alemanas fueron rechazadas en bloque o relegadas al olvido lo mismo que las primeras teorizaciones de Gramsci.

Es así como las inquietantes interrogantes que el movimiento real de la historia planteaba a la teoría leninista de la revolución, y también a la teoría marxista, quedaron sin respuesta; y lo que es peor, sin ser reconocidas como tales. El inmenso fulgor de la revolución de Octubre contribuyó a enmascarar la crisis teórica que se había abierto. y el natural entusiasmo ante la primera victoria histórica del proletariado cegó o debilitó considerablemente el espíritu crítico de los marxistas revolucionarios, salvo raras excepciones.

Sin embargo, la consagración de la nueva ortodoxia no tuvo lugar sin resistencias en el seno de la IC, en particular en lo concerniente al tipo de partido y al reconocimiento de la dirección rusa. Pero estas resistencias fueron liquidadas sin grandes dificultades gracias al

prestigio de los dirigentes bolcheviques, sobre todo de Lenin, y a los poderes extraordinarios que el sistema de organización del "partido mundial" atribuía a sus órganos dirigentes. Una vez desaparecido Lenin, la ortodoxia "marxista-leninista" iba a degenerar rápidamente en un dogmatismo sin precedentes en la historia del marxismo y en una ideología alienante que expresaba y servía los intereses de la nueva clase dominante formada en el curso de la industrialización stalinista.

2

Entre las piedras de toque de la nueva ortodoxia destaca una concepción anquilosada del capitalismo, de contenido esencialmente economicista-catastrofista. En los años veinte, cuando aún reinaba en la IC y en el partido bolchevique una cierta libertad de pensamiento y de discusión, los problemas que planteaba la construcción del socialismo suscitaron importantes debates y trabajos de investigación entre los teóricos soviéticos. Y, aunque en un menor grado, lo mismo ocurrió en el seno de la IC a propósito de los problemas coloniales. En ambos casos, y sobre todo en el primero, resultaba evidente que se encontraban ante problemas nuevos apenas abordados por los clásicos del marxismo, hasta el momento en que tanto en estas materias como en otras fue entronizado el esterilizante monolitismo ideológico staliniano. Pero con respecto a la problemática del capitalismo ni siquiera hubo fase creativa: se partió de la idea de que, en este terreno, lo esencial ya había sido descubierto por Marx o, en lo concerniente al monopolismo y al imperialismo, por Lenin. Con la circunstancia agravante de que tanto la herencia marxista como el análisis leninista del imperialismo fueron interpretados y dogmatizados más y más en un sentido economicista-catastrofista. Según tal interpretación, las estructuras capitalistas monopolistas representaban un obstáculo infranqueable para el desarrollo de las fuerzas productivas; así pues, el mecanismo económico del sistema se veía condenado en plazo más o menos corto a una inevitable bancarrota que provocaría la revolución, sin duda a través de una nueva guerra imperialista.

Es sabido que ciertas formulaciones y determinados análisis de Marx parecen asignar a la dialéctica capitalista un límite estructural infranqueable: "La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su

corteza capitalista. Se la hace saltar".¹ Pero el conjunto de la teoría de la revolución en Marx no autoriza a una interpretación economicista catastrofista de sus ideas. Sin embargo, así es como fueron interpretadas en tiempos de la II Internacional, tanto por la ortodoxia kautskysta en sus comienzos como por los teóricos de la izquierda; e incluso aunque en determinados aspectos represente un desarrollo creativo del marxismo, el análisis leninista del capitalismo imperialista no escapa por completo a esta herencia. Por ejemplo, cuando Lenin caracteriza al imperialismo como un capitalismo parasitario, putrefacto y en descomposición, y muy particularmente cuando resume "la esencia económica" del imperialismo con el concepto de "capitalismo agonizante",² ¿no toma de nuevo la idea de que la concentración del capital y la socialización del trabajo ya han llegado (y la guerra imperialista sólo sería la expresión catastrófica de tal hecho) al punto límite de incompatibilidad con "la corteza capitalista", que Marx, al parecer, había previsto? ¿y no es esta óptica teórica la que indujo a Lenin a considerar como completamente maduras las "condiciones objetivas" para la revolución mundial y a ver incluso esta revolución mundial ya actuante, en marcha, a partir de la revolución rusa? Toda una serie de tesis de Lenin en esa época refuerzan esta hipótesis, y, en particular, los documentos de los cuatro primeros congresos de la IC, en los cuales intervino Lenin o que él aprobó. El IV Congreso resume del modo siguiente, ratificándola, la caracterización del capitalismo hecha por el III Congreso (como es sabido, Lenin participó muy directamente en sus trabajos y en las conclusiones que allí fueron aprobadas): "Luego de haber analizado la situación económica mundial, el III Congreso pudo comprobar con absoluta precisión que el capitalismo, después de haber realizado su misión de desarrollar las fuerzas productivas, cayó en la contradicción más irreductible con las necesidades no solamente de la evolución histórica actual, sino también con las condiciones más elementales de existencia humana [...] El capitalismo [...] sobrevivió a sí mismo [...] Actualmente, el capitalismo está viviendo su agonía. Su derrumbamiento es inevitable."³ Los tres primeros congresos habían formulado idéntico diagnóstico de agonía. En el primero se afirma categóricamente la "incapacidad absoluta de las clases dirigentes para orientar en lo sucesivo los destinos de los pueblos [...] que el capitalismo financiero no puede restablecer la economía

¹ K. Marx, *El Capital*, libro 1, vol. III. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1975, p. 953.

² V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Obras escogidas en tres tomos. Ed. Progreso, Moscú, 1966, t. I, p. 794.

³ Los cuatro primeros congresos de la *Internacional Comunista* (segunda parte), *Cuadernos de Pasado y Presente*, n. 47, Buenos Aires, 1973, p. 178.

destruida [...] la crisis mortal general que afecta a la circulación de las mercancías en el régimen capitalista [...] Volver no a la libre competencia, sino solamente a la dominación de los trusts [...] es imposible". El segundo afirma que "Europa va a la ruina, y el mundo entero con ella. Sobre la base del capitalismo no hay salvación".⁴ Y el tercero declara: "La curva de las fuerzas productivas caerá rápidamente de su actual altura ficticia. Apenas puede haber periodos de prosperidad de corta duración y de carácter ante todo especulativo." Si se logra restablecer el equilibrio capitalista será "basándose en el agotamiento económico y en tal retroceso de la civilización que la situación actual de Europa parecerá por comparación el colmo del bienestar"; toda mejora en las condiciones de vida de los trabajadores "se halla en contradicción absoluta con las posibilidades objetivas del capitalismo [...] en su agonía el mundo capitalista oscila de nuevo hacia una nueva guerra mundial".⁵ En resumen: que las contradicciones básicas, estructurales, del capitalismo habían llegado —según la IC leninista— a un punto de incompatibilidad absoluta con el funcionamiento del sistema. Tal es el contenido concreto que toma en ese periodo el concepto de "capitalismo agonizante".

Es cierto que se pueden encontrar en los textos de Lenin afirmaciones aparentemente contradictorias con este contenido: mientras el proletariado no esté en condiciones de asestarle el golpe definitivo, siempre podrá encontrar la burguesía una salida; la putrefacción del capitalismo no significa que no puede aumentar la producción en talo cual rama o en talo cual país, mientras que en otros países o ramas económicas ya ocurre lo contrario. Lo que determina tales fluctuaciones es la "ley del desarrollo desigual". Pero en Lenin la contradicción es sólo aparente: todas estas fluctuaciones se desarrollan dentro de la situación límite a la cual se supone ya ha llegado la contradicción básica del sistema. Y vayan en uno o en otro sentido, estas fluctuaciones no hacen sino agravarla, profundizarla y exacerbarla. Por ello, según afirma el III Congreso, "en la época actual resulta incontestable que la curva del desarrollo capitalista es globalmente una curva descendente con pasajeros movimientos de recuperación y la curva de la revolución es ascendente con algunos retrocesos [...] las

⁴ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista* (primera parte), Cuadernos de Pasado y Presente, n. 43, Buenos Aires, 1973. pp. 78, 79, 92, 195.

⁵ *Los cuatro primeros...* (segunda parte), ed. cit., pp. 11, 22, 23, 32.

oscilaciones acompañan al capitalismo en su agonía, como le acompañaron en su juventud y en su madurez".⁶

En 1924, cuando ya se había cimentado el nuevo ciclo de expansión de la economía capitalista, la resolución del V Congreso de la IC sobre la situación económica mundial afirma que "la crisis continúa", bajo la forma de una "crisis industrial crónica en los grandes países capitalistas europeos" y de una "crisis agraria en el mundo entero", "careciendo absolutamente de fundamento los puntos de vista de los teóricos socialdemócratas (Hilferding), según los cuales el capitalismo habría sobrepasado la crisis de la posguerra y se hallaría en vísperas de un gran periodo de prosperidad mundial".⁷ Unos meses más tarde, una sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC debía reconocer la existencia de la expansión, aunque calificándola de "estabilización relativa" del capitalismo. La concepción básica continuó inmutable. El VI Congreso inscribe en el programa de la IC: "La época del imperialismo es la del capitalismo moribundo. La guerra mundial de 1914-1918 y la crisis general del capitalismo que ella desencadenó [...] han demostrado que ya están maduras las condiciones materiales para el socialismo en el seno de la sociedad capitalista, y que la envoltura capitalista de la sociedad se ha convertido en un obstáculo intolerable para el ulterior desarrollo de la humanidad [...] El sistema capitalista va, en su conjunto, hacia el *crack* definitivo."⁸ Bajo este ángulo fue vista la crisis económica de 1929. Numerosos autores reconocen a la IC el mérito de haber previsto esta crisis, pero en realidad raro era desde su fundación el análisis económico de la IC que no anunciase una "próxima crisis" de gran envergadura, y alguna vez tenía que verificarse, dadas las características cíclicas del desarrollo capitalista. Pero su confirmada predicción de 1929 no arrastró ningún efecto político positivo, porque quedó confirmada en un gran error, producto de la concepción del "capitalismo agonizante", y que consistió en ver en la crisis económica mundial la "crisis final" –¡tantas veces anunciada y tan esperada! – del sistema. Esto determinó (junto con otros factores ligados a la política interior y exterior del Kremlin) la línea de ultra-izquierda de la Komintern en ese periodo, línea caracterizada por la subestimación del peligro fascista, el sectarismo delirante de cara a la socialdemocracia (definida como "social-fascismo"), la

⁶ Ibid., pp. 28, 29.

⁷ *V Congreso de la Internacional Comunista* (segunda parte), Cuadernos de Pasado y Presente, n. 56, Buenos Aires, 1975, p. 78.

⁸ *VI Congreso de la Internacional Comunista* (primera parte), ed. cit., n. 66, México, 1977, pp. 247, 257.

táctica aventurera impuesta al partido comunista chino (tras de haberlo subordinado a Chiang Kaishek), la línea absurda aplicada durante la fase inicial (1930-1933) de la revolución española, etcétera.

El aspecto economicista-catastrofista que hemos anotado se hallaba compensado en Lenin por el carácter global de su teoría de la revolución, en la cual el momento político, el partido y la lucha de clases conserva indiscutiblemente la primacía; por su método dialéctico en el examen de cualquier problema; por su capacidad de rectificación en función de las necesidades de la acción política, siempre basada en el examen concreto de una situación concreta (incluso aunque determinadas importantes facetas de la concepción leninista del partido implicasen una tendencia perjudicial a dicho análisis dialéctico; ya volveremos sobre esta cuestión). Pero según el leninismo va siendo dogmatizado en la teoría y práctica de la IC, cada una de sus partes comienza a adquirir una existencia autónoma y deja de ser tratada como elemento de una totalidad dialéctica. y tal es la suerte del aspecto economicista-catastrofista. Las "leyes económicas" del capitalismo son manipuladas como algo que trasciende la lucha de clases, como fuerzas "objetivas" que determinan fatalmente el curso histórico. En particular, la "ley" sobre la disminución de la tasa de ganancia y la "ley" sobre la pauperización de la clase obrera son utilizadas haciendo abstracción de las tendencias contrarias señaladas por Marx. La "ley" del desarrollo desigual del capitalismo en la etapa imperialista adquiere, en los análisis de la IC, una virtud demostrativa universal, y sirve tanto para "demostrar" la posibilidad de la construcción *integral* del socialismo en la URSS como para explicar de modo suficiente el desarrollo económico de tal país capitalista –pese a "la agonía" del capitalismo– o el estancamiento de tal otro; o incluso para señalar en cada coyuntura el "eslabón más débil", para demostrar el peligro de una nueva guerra y definir la alineación previsible de los adversarios, etcétera.

Hasta la victoria del hitlerismo, la concepción economicista-catastrofista ejerció la función ideológica –en el sentido peyorativo de este concepto– de conciliar el postulado estratégico fundamental de la IC con la situación real. Según este postulado, la revolución mundial debía reemprender su marcha rápidamente, pero la situación real se caracterizaba por un reflujo de la lucha de clases revolucionaria en el capitalismo europeo y norteamericano, como lo reflejaban elocuentemente el espectacular progreso de la socialdemocracia y del movimiento sindicalista reformista, así como la otra cara del mismo fenómeno, la disminución muy

sensible de los efectivos y de la influencia de la IC. La concepción economicista catastrofista permitía interpretar esta evolución político-social como un fenómeno superficial, bajo el que la acción de las "leyes económicas" seguía empujando inexorablemente al capitalismo hacia el abismo de la "crisis final". Esto reforzaba la credibilidad en el futuro de la revolución rusa y justificaba la razón de ser de la IC, por tratarse del partido mundial ultracentralizado y semimilitarizado; preparado para dirigir la cercana guerra revolucionaria mundial.

3

Evidentemente, la concepción economicista-catastrofista del capitalismo y la metodología mecanicista que le resultaba inherente debían influir de modo negativo sobre las elaboraciones estratégicas y tácticas de la IC concerniente a la lucha revolucionaria en los países capitalistas desarrollados. En esto reside, sin duda, una de las causas primordiales de la impotencia de la Komintern para penetrar en el proletariado de los centros vitales del capitalismo, como Estados Unidos y Gran Bretaña, así como de su incapacidad para atraerse a las fuerzas proletarias decisivas en otro de estos centros decisivos –Alemania–, pese a la importante base de partida que allí había conocido la IC y al debilitamiento del capitalismo alemán por la derrota y por la tempestad revolucionaria de 1918. En una palabra, su incapacidad para encontrar un lenguaje común con las grandes masas proletarias del capitalismo avanzado, así como formas de acción y de organización adecuadas.

La visión economicista-catastrofista explica también, en gran medida, el que la IC haya interpretado el fenómeno fascista como expresión exasperada de la irremediable debilidad del capitalismo, como su última peripecia de "agonizante"; y haya tomado al *New Deal* como otra vana tentativa más para sobrepasar sus contradicciones estructurales. Esta visión, que inspiró como hemos dicho la línea ultraizquierdista y sectaria de los años que precedieron a la toma del poder por Hitler, sirvió a continuación para recubrir ideológicamente la línea de colaboración de clase que comienza en la época de los frentes populares y alcanza su apogeo en el periodo de "la gran alianza". La teoría de la catástrofe económica inminente siguió dominando en el movimiento comunista hasta el final del reinado de Stalin, sin haber desaparecido completamente por ello a continuación. Los "escritos económicos" de Stalin en 1952 constituyen una nueva tentativa de teorizarla.

De estas premisas teóricas emanan aspectos permanentes y esenciales de la táctica de la IC. En primer lugar, la significación que se atribuye a la lucha por las reivindicaciones económicas más "elementales", resumida en el siguiente punto de las tesis sobre táctica adoptadas en el III Congreso: "La naturaleza revolucionaria de la época actual consiste, precisamente, en el hecho de que las más modestas condiciones de vida de las masas obreras son incompatibles con la existencia de la sociedad capitalista, y por esta razón la lucha por las reivindicaciones más modestas toma las proporciones de una lucha por el comunismo."⁹ A través de todos los virajes políticos de la IC, esta tesis constituirá siempre uno de los principios tácticos de su acción. En la "lucha por las reivindicaciones más modestas", la IC no ve únicamente el primer eslabón del proceso de toma de conciencia de clase y de organización unitaria de las más amplias masas, sino también el medio más eficaz de acelerar el *crack* del mecanismo productivo capitalista. E incluso de frenar, al mismo tiempo, la influencia de los jefes reformistas, partiendo del siguiente razonamiento: si los capitalistas, en la fase "agonizante" de su sistema, no pueden objetivamente ceder a las reivindicaciones económicas de los trabajadores —ni siquiera a "las más modestas"—, los jefes reformistas, agentes indiscutibles de la burguesía, se verán: objetivamente en la imposibilidad de animar y de ponerse a la cabeza de cualquier lucha efectiva por las reivindicaciones económicas.

En la práctica, la gran beneficiaria de la lucha económica hasta 1929 fue la socialdemocracia, mientras que la IC conoció una disminución importante de sus efectivos incluso durante los años de la gran crisis mundial.¹⁰ Únicamente el partido francés desde el Frente Popular, el partido checo durante un breve periodo y el italiano a partir de 1945 pudieron competir en este terreno; pero precisamente con la condición de colocarse ellos mismos en una perspectiva reformista. Esta experiencia no demuestra, sin embargo, que la lucha por las reivindicaciones económicas, durante el periodo que estamos examinando, no tuviese importancia para la acción revolucionaria contra el capitalismo. Demuestra simplemente que no tenía el significado que le daba la concepción economicista-catastrofista. Hasta un cierto límite cuantitativo, no solamente resultaba perfectamente compatible con el funcionamiento del sistema, sino que incluso constituía un importante motor de su desarrollo tecnológico y organizativo. Y para sobrepasar este límite hacía falta un grado de conciencia

⁹ *Los cuatro primeros congresos...* (segunda parte), cit., p. 47.

¹⁰ La IC pasa de tener 445 300 miembros en 1928 a 318 176 en 1931 (sin incluir la URSS).

de clase y de politización revolucionaria que no podía crear la simple lucha por "las reivindicaciones más modestas", porque los éxitos en esta lucha alimentaban las ilusiones reformistas en vez de reducirlas. Para obtener otro resultado, debía insertarse la lucha económica en una acción política e ideológica basada en las contradicciones y problemas, antiguos y recientes, que tomaban más y más importancia en la existencia de las masas a medida que la cuestión del "mendrugito de pan" perdía su dramático carácter inicial. Pero la visión, de esencia economicista, del capitalismo "agonizante" impulsaba a subestimar esta nueva problemática, cuyo núcleo central puede englobarse en el problema de la democracia política y social.

La democracia burguesa —considerada por las masas como una conquista propia, desde el momento en que incluía la existencia legal de las organizaciones obreras, la legalización de la huelga, el sufragio universal, etcétera— podía (y puede todavía) ser utilizada de manera revolucionaria, pero al mismo tiempo constituye una de las fuentes principales del reformismo, tanto en un plano ideológico y político como en el plano de la lucha reivindicativa cotidiana.

Este efecto no puede ser contrarrestado por una denuncia abstracta de los aspectos formales de esta democracia, sino precisamente mediante una lucha concreta por una democracia real en todos los aspectos de la vida social.

La IC no se limitó a subestimar este problema, sino que mantuvo frente a él, hasta el VII Congreso, una actitud fundamentalmente abstracta y negativa. A nivel programático, la IC oponía a la democracia burguesa la democracia proletaria de tipo soviético, pero el modelo concreto que reivindicaba difícilmente podía despertar el entusiasmo en las masas obreras educadas en los sindicatos reformistas (o anarcosindicalistas) y en los partidos socialdemócratas, tal como se hallaban informadas por sus propias organizaciones —y no por supuesto con un espíritu benevolente— de la evolución que experimentaba la "democracia soviética". Las masas obreras de Occidente no podían comprender muy bien en qué la militarización de los sindicatos, la supresión de las libertades políticas (no sólo para la burguesía, sino también para el proletariado), la jerarquización y organización taylorianas de la producción representaban una forma de democracia superior a la democracia formal de la burguesía, en la que los trabajadores tenían al menos algunas posibilidades legales para defender sus condiciones de vida. Hasta el viraje del VII Congreso, la IC preconizaba siempre

la formación de "soviets" en cuanto estimaba que ya había madurado una situación revolucionaria en tal o cual país. Y ni una sola vez alcanzó efectos prácticos en los países capitalistas esta consigna, manejada en abstracto y sin relación con las formas concretas adoptadas por el movimiento de masas bajo el peso de la experiencia tradicional. Para obtener resultado hubiera hecho falta otra estrategia política, que incluyese la acción permanente para desarrollar formas de democracia proletaria en cada uno de los aspectos de la lucha de masas, y en particular en las empresas y sindicatos. Hubiera sido preciso que los partidos comunistas —por su mismo modo de enlazarse con las masas, de elaborar su política y de regirse por sí mismos— fuesen portadores de la nueva democracia. Pero dados sus fundamentos teóricos y organizativos y su rechazo negativo de las experiencias y de las corrientes europeos que más tendían hacia el desarrollo de la democracia proletaria en el proceso mismo de la lucha contra el capitalismo, la IC ni siquiera podía concebir una estrategia de ese tipo. Tras el VII Congreso, y siguiendo los imperativos de la defensa de la URSS y de la lucha contra el fascismo, la IC y sus secciones se situaron en el terreno de la democracia, pero entonces en el de la democracia burguesa. Y es sobre esta base como los partidos comunistas lograron estrechar lazos con las masas trabajadoras y en algunos casos —muy raros— llegaron a ser partidos hegemónicos en el seno de la clase obrera; pero con todo esto comenzaba la evolución neorreformista que iba a afirmarse y desarrollarse en el contexto de "la gran alianza".

La concepción del capitalismo como régimen "agonizante" y la correspondiente interpretación del fascismo que hemos anotado anteriormente sirvieron también de justificación teórica al deslizamiento de los partidos comunistas hacia el terreno de la democracia burguesa, del parlamentarismo y del legalismo. Se formuló entonces la tesis según la cual la supervivencia del capitalismo era ya incompatible con la conservación de la democracia burguesa, con lo que la defensa de ésta —lo mismo que la defensa de los intereses económicos inmediatos de las masas— conducía irremisiblemente al sistema en conjunto hacia su fin.

A mediados de los años veinte, la ortodoxia de la Komintern "se enriqueció" con la doctrina del socialismo en un solo país, cuya función ideológica juega un papel análogo al de la concepción economicista-catastrofista: dar mayor credibilidad tanto al porvenir de la revolución rusa como al carácter inevitable de la revolución mundial, incluso aunque en realidad exprese la escasa confianza de la fracción staliniana en esta última. Desconfianza que se ejemplifica por la tendencia de la doctrina staliniana a independizar a la revolución rusa de la revolución mundial, aunque conservando su interdependencia "en último análisis". Se afirma en ella, en efecto, la posibilidad de la construcción *integral* del socialismo en Rusia, incluso aunque la revolución no se haya realizado en los países de capitalismo avanzado; pero se mantiene todavía la necesidad de esta revolución para garantizar definitivamente "el socialismo integral" ruso contra todo ataque exterior. Sobre esta base es como se conjuga la doctrina del socialismo en un solo país en los textos de la IC con la perspectiva de la revolución mundial (al menos hasta el viraje de 1934, en el que esta perspectiva desaparece de los textos). Pero esta inserción implica la revisión de aspectos esenciales de la teoría de la revolución mundial, tanto en su versión marxista como en la leninista. Nos limitaremos aquí a resumir esquemáticamente algunos de los principales puntos de esta revisión.

a] La doctrina staliniana introduce el postulado —contrario a los fundamentos científicos marxistas de las condiciones materiales del socialismo— de que el socialismo puede ser construido *integralmente* en un espacio regional, y que no precisa del espacio mundial. Tras de la segunda guerra mundial, Stalin llegará a afirmar que el mismo comunismo podía ser edificado en el cuadro nacional de la URSS. En ambos casos se trata de proposiciones abstractas que no se ven respaldadas por ningún fundamento teórico serio, y que son impuestas de manera autoritaria. Y en todo caso, como demostración empírica, la realidad del "socialismo integral" que ya se suponía edificado en tiempo de Stalin testimonia en favor de las tesis marxistas; pero no vamos a tratar aquí del fondo del problema.

b] Para Marx y Lenin, el frente decisivo de la revolución mundial se encuentra en los países capitalistas desarrollados. Las revoluciones de diversos tipos en la periferia del sistema capitalista pueden, según ellos, jugar un gran papel y facilitar la victoria revolucionaria del proletariado en los centros vitales del sistema, pero sólo esta victoria puede crear las condiciones económicas y políticas precisas para la creación de una sociedad socialista *integral*. (Aunque la primera teorización del conjunto sobre el papel de las revoluciones

periféricas en la dialéctica de la revolución mundial sea debida a Lenin, quien tenía la experiencia de la revolución rusa y de las primeras revoluciones coloniales, ya se encuentran en Marx apreciaciones que van en el mismo sentido.) Hasta la muerte de Lenin se afronta el papel y el puesto de la revolución rusa en la revolución mundial bajo esta perspectiva, y la construcción del socialismo dentro de las fronteras soviéticas fue considerada como una tarea que no podía ser llevada a término y desembocar en una verdadera sociedad socialista sino fundiéndose con la revolución en el área capitalista desarrollada. Se trataba de hacer "lo más posible" en esa dirección mientras los proletarios del capitalismo no hubiesen tomado el poder y, al mismo tiempo, ayudarles "lo más posible" en todos los terrenos para alcanzar ese objetivo.

Con la doctrina del socialismo en un solo país, la concepción estratégica cambia radicalmente. La construcción del socialismo en la URSS se convierte –según el VI Congreso de la IC– en "el motor internacional de la revolución proletaria [...] el máximo factor de la historia mundial [...] el factor esencial de la liberación internacional del proletariado". La contradicción entre la URSS y el mundo capitalista llega a ser "la nueva contradicción fundamental" que determina la marcha de la revolución mundial. En otros términos, como ha recordado recientemente Ponomarev, la construcción del socialismo en la URSS se erigía en "frente decisivo de la lucha revolucionaria de la clase obrera internacional", en su "tarea internacional más importante".¹¹ Es decir, que la tarea primordial de la IC dejaba de ser la lucha revolucionaria para derribar el capitalismo en sus centros vitales y consistiría en preservar al Estado soviético de todo ataque exterior mientras edificaba "el socialismo integral".

c] Para Marx y Lenin, la organización internacional del proletariado revolucionario, por su propia esencia, no podía verse supeditada a ningún internacional. Con tal espíritu fue concebida la IC. El poder soviético era considerado como una fuerza totalmente subordinada a los intereses y a las exigencias de la lucha revolucionaria mundial, como una parte de la Internacional Comunista y no como un poder por encima de ella. (Durante sus primeros años, el Ejército Rojo prestaba juramento de fidelidad a la IC.) En la práctica, la IC se encontró subordinada desde el primer día a los jefes del Estado soviético y, pese al auténtico

¹¹ Las citas de Ponomarev se hallan en su artículo sobre el aniversario de la IC, publicado en *La Nouvelle Revue Internationale* febrero de 1969.

internacionalismo de Lenin, Trotsky y otros dirigentes bolcheviques, surgió un cierto divorcio entre la teoría y el comportamiento real. Pero Lenin –como lo demuestra su intervención en el IV Congreso de la IC, criticando el carácter "demasiado ruso" de la resolución sobre las tareas de la Internacional– veía el peligro inherente a esta subordinación, contraria a toda su concepción del internacionalismo.

Bajo Stalin, no sólo se agravó de hecho la subordinación, sino que encontró además un fundamento teórico en la doctrina del socialismo en un solo país. En efecto, a partir del momento en que quedaba definida la construcción del socialismo en la URSS como el frente decisivo de la revolución mundial, a partir del momento en que la tarea primordial de la IC consistía en preservar este objetivo contra los peligros exteriores, se volvía lógico y coherente el que la acción de la IC fuese controlada y dirigida por quienes asumían la responsabilidad directa de la construcción del socialismo en la URSS.

d] El conjunto de la revisión stalinista confiere a la teoría "marxista-leninista" de la revolución un carácter aún más determinante que el que ya había adquirido bajo la influencia de la concepción economicista-catastrofista. En efecto, si el capitalismo "agonizante" no puede asegurar ningún desarrollo prolongado y sustancial de las fuerzas productivas, y si, por el contrario, éstas pueden crecer de modo ilimitado en la URSS hasta proporcionar la base material del "socialismo integral", llegará fatalmente un momento en que la relación de fuerzas en el plano mundial se incline decisivamente a favor del socialismo, incluso aunque el proletariado de los países capitalistas no haya sido todavía capaz de hacer su revolución. Ésta se desprenderá finalmente como un fruto maduro del árbol del socialismo en un solo país.

5

Mientras que esta perspectiva tan optimista como ilusoria llegaba a hacerse eje de la estrategia de la IC, otra perspectiva, ésta muy real, apuntaba subrepticamente en las relaciones entre el Estado soviético y el mundo capitalista.

Marx (y también Lenin) suponía que la victoria de la revolución en cualquiera de los países capitalistas sería inconciliable –dada la disposición de la economía mundial, el carácter de las fuerzas productivas adelantadas y el sistema de las relaciones internacionales– con la permanencia del capitalismo en los demás países del mismo tipo: debería inevitablemente

empeñarse en una lucha a muerte. Y esta previsión reposaba, sin duda, en fundamentos sólidos. Basta con imaginarse lo que hubiera ocurrido si la revolución proletaria hubiese triunfado en la Alemania de 1918. ¿Se hubieran limitado las potencias de la Entente a una intervención análoga en proporciones a la efectuada contra la revolución rusa?

¿No hubieran puesto en juego el máximo de su potencia económica y militar para aplastarla? Los bolcheviques concibieron al principio con esta óptica el destino de la revolución rusa, y la intervención de la Entente pareció darles la razón. De ahí provino al acento de incredulidad y de sorpresa que se trasluce en sus primeras reacciones ante la situación de coexistencia más o menos pacífica creada inmediatamente después de la victoria sobre la contrarrevolución interior y la intervención extranjera: de ahí su miedo a una nueva intervención de una envergadura mucho mayor, que podría producirse en cualquier momento. La movilización obrera internacional y otros factores políticos apenas explican parcialmente el hecho de que tal intervención nunca tuviera lugar. Sin ninguna duda, la razón proviene de que la Rusia zarista no jugaba ni con mucho un papel en la mecánica de la economía mundial comparable al de los principales países capitalistas. El mecanismo podía seguir funcionando perfectamente sin esa "pieza". Y tanto mejor si se presentaba la oportunidad de comerciar con el inédito trust estatal que entraba en la escena mundial.

Por el contrario, las potencias capitalistas no podían permitir una Rusia soviética "hacedora" de revoluciones socialistas fuera de sus fronteras, tanto por su ayuda teórica, política y material al movimiento revolucionario en el mundo capitalista como por la creación de un régimen social que avanzase efectivamente hacia la liberación económica, política y cultural de los trabajadores, que diera así un ejemplo explosivo al proletariado mundial. La incredulidad de Lenin y de sus camaradas sobre la posibilidad de una coexistencia duradera con el mundo capitalista se explica así por tal motivo: para ellos, la Rusia soviética era ante todo esa fuerza de impulsión de la revolución a escala mundial.

Desde este punto de vista, la doctrina del socialismo en un solo país introducía, como hemos señalado, un cambio fundamental de óptica. Proporcionaba la posibilidad teórica de eliminar este factor de incompatibilidad entre las relaciones del Estado soviético con los Estados capitalistas, puesto que, según esa doctrina, dejaba de ser la revolución en los países capitalistas la condición necesaria para la construcción del socialismo en la URSS. Bien entendido que para transformar esta posibilidad en realidad era preciso que la dirección

soviética abandonase el internacionalismo proletario y se encerrara en su "socialismo nacional"; también era necesario que este "socialismo nacional" ya no fuese el ejemplo explosivo que hemos evocado.

La burguesía internacional ajustó su actitud hacia el Estado soviético en función de la evolución de éste y de su política. La industrialización de Rusia no afectaba en nada a sus intereses económicos esenciales, e incluso podía ofrecerle oportunidades interesantes. Por otra parte, a medida que iba siendo liquidada la democracia soviética y eran limitados los derechos políticos y sindicales de los trabajadores rusos, la propaganda burguesa y socialdemócrata se veía provista de excelentes argumentos para desacreditar ante las masas obreras no sólo al régimen soviético, sino también al marxismo revolucionario y a la idea misma de revolución y de socialismo. A medida que este proceso se iba acentuando y que el ejemplo soviético se hacía menos estimulante para amplios sectores del movimiento obrero occidental, los desiderata de los gobernantes e ideólogos burgueses se centraron en el abandono por parte de los jefes soviéticos de su pretensión de fomentar la revolución fuera de sus fronteras, sirviéndose para esto de los partidos comunistas. Bujarin, a finales de 1927, tradujo perfectamente el lenguaje de la burguesía mundial poniendo en boca de Chamberlain esta frase: "No tenemos ningún inconveniente en comerciar con ustedes, pero tengan la amabilidad de acabar con la IC."¹²

Hasta la llegada de Hitler al poder, los jefes soviéticos respondieron negativamente a esta solicitud de la burguesía mundial. La nueva clase dominante no había cristalizado todavía plenamente. En la lucha interna por el poder, así como en la realización de sus principales objetivos económicos —colectivización forzada e industrialización a marchas igualmente forzadas—, la fracción stalinista necesitaba cubrirse con la ideología de la revolución mundial. Por otra parte, mientras duró la tácita alianza con la Alemania oprimida por el tratado de Versalles, los gobernantes soviéticos consideraron que sus fronteras se hallaban relativamente seguras, incluso aunque por motivos de política interior o exterior agitasen el espantajo del peligro de agresión. Como consecuencia global, la edificación del socialismo en la URSS era presentada abiertamente como el motor de la revolución mundial, y la IC como su gran instrumento. La teoría de la revolución mundial, revisada y corregida en el sentido

¹² Bujarin, *La situation internationale et les taches de l'IC (Rapport au XV Congres du PC de l'URSS)*. París, Bureau d'Éditions, 1928, p. 43.

que hemos visto, encuentra su formulación más coherente —y más dogmática— en el programa adoptado por el VI Congreso de la IC. Esta teoría se traduce en una práctica totalmente inoperante tanto en el mundo capitalista como en el colonial: acaba por llevar a la catástrofe china y finalmente a la catástrofe alemana, pero al menos mantiene el fuego sagrado. Son los años heroicos y ultrasectarios de la IC stalinista. En 1934 va a gestarse un vuelco histórico. En la URSS comienza el gran error que consolida la dictadura de Stalin y, con ella, la constitución de la nueva clase dominante. Se inicia un cambio de alianzas en el plano internacional. Estados Unidos y el capitalismo europeo se convierten en aliados potenciales de la URSS frente al peligro hitleriano. En 1935 se firma el pacto franco-soviético, primer pacto militar del Estado soviético con un Estado capitalista. El concierto de nuevas alianzas exige concesiones, y Stalin como demostrará el curso posterior de su política, no se limita a concesiones tácticas. Se compromete más y más en la vía que le llevará a sacrificar, a expensas del movimiento revolucionario mundial, todo cuanto sea preciso —y más que no fuera necesario— ante el altar de los "intereses de la URSS", ya identificados con los de la nueva clase privilegiada. En primer lugar, se relega al "olvido" la teoría de la revolución mundial. Su programa, tan solemnemente proclamado en el VI Congreso, es remplazado por un programa mundial de antifascismo, de democracia y de paz. (Ya no se precisa de qué tipo de democracia se trata.) La "construcción del socialismo en la URSS" tampoco es presentada ya como motor de la revolución mundial, convirtiéndose en motor de la democracia mundial y garantía suprema de la paz. Nada sería más inoportuno en esos momentos que una revolución proletaria en la Europa "democrática", aliada potencial de la URSS. Por ello, cuando la revolución proletaria estalla en España en 1936 y parece madurar en Francia, la IC se empeña firmemente en hacer recular a la revolución española al cuadro democrático-burgués, y en bloquear toda posible materialización de la revolución francesa. Se renuncia así, sin siquiera explorarla, a la posibilidad que surge en 1936 de imprimir un giro revolucionario a la lucha contra el fascismo y contra el peligro de guerra. La ayuda del Estado soviético a la República española, como el gran movimiento de solidaridad para con ella, son mantenidos en límites compatibles con la nueva orientación de la política extranjera del Kremlin. A partir del VII Congreso se apunta ya a la disolución de la IC, pero se la conserva para mejor aplicar la nueva política frentepopulista que constituye el gran cambio de rumbo del movimiento comunista mundial hacia el reformismo. Su prestigio revolucionario todavía

puede servir para enmarcar la renuncia a la revolución y para controlar fuerzas que, subjetivamente, aún no han renunciado a ella. Porque esta renuncia, consciente para la camarilla stalinista, no lo es para la inmensa mayoría de los militantes y cuadros de la IC.

Una vez cerrado el corto paréntesis del pacto germano-soviético, con su resurrección grotesca de los viejos esquemas vaciados en ese momento de todo contenido —y cuya única función era enmascarar el objetivo de Stalin de alcanzar una entente duradera con la Alemania nazi—, la liquidación teórica y práctica de los objetivos revolucionarios iniciales del movimiento comunista se va a concretar por completo durante los años de "la gran alianza". La disolución de la IC es el símbolo de ello. No se liquida a la IC porque fuese —como lo era efectivamente— un sistema mal adaptado para la dirección y organización de la lucha revolucionaria internacional; así es como la resolución de 1943 presenta tal medida, pero el verdadero motivo se halla en la renuncia a la perspectiva revolucionaria. No se liquida a la IC porque en ello hubiera una condición necesaria para la derrota de Alemania, sino porque tal era la condición necesaria para el reparto del mundo entre el Estado staliniano y sus aliados capitalistas. No se liquida la IC para facilitar la acción nacional *revolucionaria* de los partidos comunistas, sino para facilitar su acción nacional *reformista* en el marco de la democracia burguesa. No se liquida a la IC porque se halle en crisis, sino porque, pese a su crisis, aún simboliza la revolución proletaria.

Toda la política de los partidos comunistas —excepto aquellos, poco numerosos, que comienzan a levantarse contra el liderazgo de Moscú— está determinada por el objetivo que Stalin se propone (como lo prueban documentos indiscutibles) desde sus primeras negociaciones con los otros dos "*grandes*": el reparto de Europa y del mundo en "esferas de influencia". Esto implica que los partidos comunistas renuncien *a priori* a toda tentativa por transformar la guerra antifascista en revolución socialista. Y esta renuncia determina, por sí misma, el hecho de que la política de los partidos comunistas no favorezca, sino todo lo contrario, la aparición de una tal posibilidad. Su concepto de las alianzas, de la naturaleza del nuevo poder antifascista y de las vías para crearlo, etcétera, tienden a situar a las fuerzas más avanzadas de la Resistencia bajo el patrón político e ideológico de la burguesía antifascista nacional y de los "grandes aliados" de la URSS. Y cuando a pesar de todo, pese a los compromisos de Stalin y a la línea general que él dicta al movimiento comunista, la revolución toma cuerpo en Yugoslavia y en Grecia, y se perfila en Francia y en Italia; cuando

en esta fase final e irreversible del hundimiento del ejército hitleriano, la superioridad militar se inclina claramente a favor del ejército soviético en el escenario europeo, y cuando la izquierda de la Resistencia alcanza el cenit de su influencia, arrastrando a la gran mayoría del proletariado y a importantes sectores pequeñoburgueses; cuando la conjunción de estos dos factores —superioridad militar soviética en el continente y hegemonía del ala radical de la Resistencia— hace posible la constitución, cuando menos, de poderes antifascistas avanzados bajo la dirección de las fuerzas obreras y pequeñoburguesas de izquierda; cuando aparece esta posibilidad real, que podría haber sido el primer paso de un desarrollo revolucionario original a escala europea, las directrices emanadas de Moscú y apoyadas por casi todas las directivas comunistas nacionales tienden a bloquear por completo esta posibilidad, a frenar el movimiento, a fomentar las mayores ilusiones sobre las decisiones de los "tres grandes", a reforzar la autoridad anglonorteamericana en el oeste y el sur de Europa, a reconocer en Francia la autoridad gaullista, en Italia la demócrata-cristiana, etcétera. Y cuando ya no se trata solamente de una posibilidad de desarrollo revolucionario, sino de una realidad, como en Grecia, Stalin no duda en facilitar la intervención militar inglesa para que aplaste la insurrección (en facilitarla no sólo gracias a su bien conocido compromiso con Churchill, sino también mediante su presión ante la dirección comunista griega para obligarla a capitular). En definitiva, la transformación (en Europa) de la guerra antifascista en revolución sólo se lleva a cabo en Yugoslavia, allí donde los dirigentes comunistas se orientan desde el principio en esta dirección y aplican consecuentemente una política en este sentido, resistiendo a todas las presiones de Moscú; o bien en los países ocupados por el ejército soviético, donde la liquidación de los viejos regímenes constituye condición necesaria para la formación del cinturón de seguridad soviético. Pero las revoluciones de este tipo llevan consigo la pérdida de la independencia nacional apenas reconquistada, y el poder no pasa al pueblo y ni siquiera a los partidos comunistas —muy minoritarios en la mayor parte de estos países—, sino a las camarillas enfeudadas a Moscú.

La línea de los partidos comunistas de las colonias o países semicolonizados es adaptada igualmente a la política de "la gran alianza". Los comunistas latinoamericanos deben colaborar con el imperialismo yanqui, y los comunistas de la India con el imperialismo inglés. Y, como todo el mundo sabe, no hubiera habido revolución en China si la dirección maoísta

hubiese hecho suya la política de "unión nacional" con Chiang Kai-shek, al estilo francés o italiano, exigida por Stalin.

Convertida en superpotencia mundial, ampliadas sus fronteras estratégicas hasta el corazón de Europa, y reconocida y respetada como una realidad irreversible por los Estados capitalistas, la URSS se instala resueltamente en el nuevo *statu quo*, pasando invariablemente el eje de su política internacional por la búsqueda de un concierto planetario con la otra superpotencia. La "guerra fría" apenas marca una etapa peligrosa de esta búsqueda, provocada por la aspiración a la hegemonía mundial del imperialismo norteamericano, y no significa un cambio en un sentido antimperalista y revolucionario de la orientación de Stalin, y lo mismo ocurre con la creación del Kominform, cuya misión real es encuadrar con mayor facilidad a su zona de influencia y movilizar al movimiento comunista como instrumento de presión para imponer a la Casa Blanca esa *entente* buscada por el Kremlin.

Mientras que en Oriente la gran revolución china inaugura el periodo de la insurrección del Tercer Mundo, en Occidente la perspectiva socialista queda relegada en teoría –si aún se puede hablar de teoría en el movimiento comunista– a un porvenir tan lejano como incierto, y el factor decisivo para alcanzarla es ahora la "emulación económica" entre los dos sistemas, predestinada a finalizar con la victoria del "comunismo" en la URSS.

La revolución se vuelve una eventualidad perturbadora, casi indeseable. Lo esencial es el conservar la *pax* norteamericano-soviética. En el plano teórico, el marxismo oficial se transforma totalmente en un sistema anquilosado en dogmas y fórmulas estereotipadas. En el plano político, en un empirismo sin envergadura, de contenido reformista, Así, al finalizar el reinado de Stalin, el abandono del marxismo vivo, de la teoría y de la praxis revolucionaria alcanza un grado mucho más avanzado que el de la ortodoxia de la vieja social-democracia; y el movimiento comunista podría hacer suya la formulación de Bernstein a finales del pasado siglo: "Es preciso que la socialdemocracia tenga el valor de emanciparse de la fraseología del pasado y de querer presentarse como lo que actualmente es en realidad: un partido de reformas democráticas y sociales."

El nuevo reformismo que entraba en escena se distinguía, sin embargo, del antiguo por determinadas particularidades importantes. En primer lugar, su nacimiento fue determinado ante todo por la sumisión de la IC a la política exterior soviética y por la misión fundamental que en el cuadro de esta sumisión se le había asignado a la IC: la defensa de la URSS. En

tiempos de los Frentes Populares las exigencias de esta defensa concordaban con las necesidades de la lucha antifascista, pero siempre y cuando –dado el concepto que aquí tenía la dirección staliniana de la defensa de la URSS– esta lucha no representase una amenaza para el orden burgués en los Estados aliados a la URSS o susceptibles de serlo. En una palabra, a condición de que la lucha contra el fascismo se situase en el plano de la colaboración de clases. La misma exigencia subsistió tras de la segunda guerra mundial, dado que el fondo de la política staliniana, incluso durante el periodo de la "guerra fría", era la búsqueda de un arreglo duradero con Estados Unidos y sus satélites. Pero esta "marca de nacimiento" entró en contradicción, más y más cada día, con las exigencias propias de la política neorreformista de cada país.

En segundo lugar, la práctica reformista que comienzan a aplicar los partidos comunistas sigue conciliándose con la perspectiva socialista –tal como la política "ultrarrevolucionaria" del periodo anterior– gracias a la doctrina del socialismo en un solo país (tras la guerra, "socialismo en varios países" o en el "campo socialista") y a la concepción economicista-catastrofista del capitalismo que, como ya hemos dicho, siguió en vigor hasta la muerte de Stalin.

Después, la fe en este socialismo recibió un golpe mortal con el "informe secreto", la denuncia de los "procesos", la insurrección húngara, el octubre polaco, etcétera. Y la idea de un capitalismo llegado al extremo límite de su capacidad productiva recibió un golpe igualmente grave con el desarrollo espectacular del capitalismo europeo, norteamericano y japonés. Sacudida duramente esta justificación ideológica, el neorreformismo comunista emprendió la búsqueda de bases doctrinales más próximas a las del reformismo tradicional.

En tercer lugar, el nuevo reformismo se diferenciaba del tradicional por el modelo de sociedad socialista al que declaraba aspirar, y que seguía siendo el modelo stalinista. Esto significaba que todos los aliados eventuales de los partidos comunistas, todos cuantos contribuyesen a la llegada de ese "socialismo", cavaban sus propias tumbas como corrientes, grupos y partidos distintos al partido comunista. Los procesos de Moscú en tiempos de los Frentes Populares y los procesos en las democracias populares de la posguerra tenían con qué inquietar a los eventuales "compañeros de viaje". Durante el periodo stalinista ahí se encontraba el flanco más vulnerable de la nueva línea de los partidos comunistas. Tras el XX

Congreso se hizo más evidente cada día que, sin un repudio del modelo stalinista de "socialismo", la política neorreformista se hallaba en un callejón sin salida.

Y, por último, el nuevo reformismo se distinguía del antiguo por el tipo de partido que le sostenía. Cuando se esbozó el viraje, las secciones de la IC habían alcanzado –mediante la "bolchevización" y las sucesivas depuraciones– un elevado grado de monolitismo ideológico y organizativo, que el VII Congreso saludó como expresión de su "madurez". Esto les permitió tomar la nueva vía sin graves problemas y asimilar a los nuevos militantes que procedían de la Resistencia y la liberación. El sistema organizativo de los partidos comunistas dotó al nuevo reformismo de una mayor eficacia en determinados aspectos y, conjugado con el monolítismo ideológico, volvió más difícil la lucha interna por una línea revolucionaria, aún más que en los partidos socialdemócratas. Pero estas características de los partidos comunistas, y en particular el monolitismo ideológico y la ausencia de democracia interna, entraron igualmente en conflicto con la política de alianzas que implicaba la nueva orientación.

En resumen, diremos que la tendencia del neorreformismo "comunista", ya visible en el periodo que hemos examinado y acentuada a continuación, se caracteriza por un acercamiento al reformismo tradicional. Esta tendencia constituye una de las expresiones globales más significativas de la crisis del movimiento comunista.

Como hemos intentado demostrar en otro lugar, la premisa inicial, objetiva, de la crisis del movimiento comunista reside en el hecho de que en el momento de la creación de la IC, y contrariamente a lo que pensaba Lenin, las condiciones objetivas para la revolución socialista no habían madurado en el capitalismo avanzado, y, sin embargo, la IC fue concebida para actuar en estas condiciones inexistentes. (Recordemos que en el concepto de "condiciones objetivas" se debe incluir el estado general de conciencia del proletariado occidental en esa época: no incluirlo volvería a dar a ese concepto un contenido puramente económico. Recordemos igualmente que el inicio más elocuente de la "inmadurez", así entendida, de la revolución en la sociedad occidental se presentaba en el hecho empírico de que la guerra imperialista –la primera crisis global del sistema capitalista– apenas sacudió muy

parcialmente el dominio del reformismo sobre el movimiento obrero, pese a los enormes sacrificios de todo tipo que impuso a las masas.)

Concebida como estado mayor y fuerza de vanguardia en el inmediato asalto al capitalismo mundial, la IC se vio confrontada con una tarea fundamentalmente diferente: el ganar a las masas proletarias a una política revolucionaria en condiciones no revolucionarias. Esta misión hubiera exigido lógicamente una profunda reconversión de la IC, pero, como ya hemos dicho, tal cosa ni siquiera fue afrontada. Para explicar este hecho, no basta con tomar en consideración el factor anotado en el primer punto de esta síntesis, el estallido cegador de la revolución de Octubre. Hay que partir de la concepción leninista del partido y de la diferencia entre esta concepción y la de Marx.

No se encuentra en Marx una teoría sistemática del partido proletario, pero sus juicios sobre este tema, relacionados con su actividad militante, primeramente en la Liga de los Comunistas y luego en la I Internacional o en el partido socialista alemán, constituyen un conjunto coherente y significativo. La idea que se hace Marx del partido político proletario es un corolario de su concepto de la revolución comunista como *autoemancipación* de la clase obrera. Ninguna instancia exterior —jefe carismático, grupo de conjurados, partido político— puede, según Marx, remplazar a la "madurez" revolucionaria de la clase obrera. La revolución comunista será obra suya o no sucederá. Según la teoría marxista de la revolución, esta "madurez" sólo puede ser engendrada por la misma práctica de la lucha de clases, a la que se ven obligados los proletarios por su propia situación en las relaciones capitalistas de producción. La experiencia de esta lucha les enseña la necesidad de organización y solidaridad, les revela sus intereses comunes y su enemigo común y les transforma poco a poco de "clase en sí", atomizada, en "clase para sí", consciente del antagonismo radical que la opone al orden capitalista. La teoría elaborada por los intelectuales de origen burgués, que "se adhieren a la clase revolucionaria" y "se han elevado hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico",¹³ contribuye a esa toma de conciencia, pero no es su demiurgo. Para Marx, en una palabra, la conciencia nace de la práctica revolucionaria, y a su vez profundiza y clarifica esta práctica. Existe entre estos dos aspectos de la misma praxis la interacción dialéctica definida en la tercera tesis sobre Feuerbach.

¹³ C. Marx y F. Engels, "Manifiesto del partido comunista", *Obras escogidas en dos tomos*. Ed. Progreso, Moscú, 1971, p. 29.

Marx era perfectamente consciente —sobre todo después de haber vivido el reflujo del espíritu revolucionario que siguió a la derrota de las tentativas proletarias en las revoluciones de 1848 y tras haber asistido al "aburguesamiento" de la clase obrera inglesa— de que el proceso de "maduración" del proletariado como clase revolucionaria no era lineal ni muchísimo menos, sino, por el contrario, profundamente contradictorio y jalonado de avances y retrocesos, de ilusiones y decepciones; una lucha permanente entre la ideología burguesa dominante y la naciente ideología proletaria. Pero Marx consideraba que, dada la naturaleza de las contradicciones capitalistas, este proceso conduciría en definitiva a la maduración del proletariado como clase revolucionaria. Y veía en este proceso —como escribe en 1860— la constitución del partido proletario "en el gran sentido histórico del concepto", partido proletario que "nace espontáneamente y por doquier del solar de la sociedad moderna",¹⁴ y en el cual Marx incluía todas las formas (políticas, sindicales y culturales) a través de las que se manifestaba la "autoactividad" del proletariado. En otros términos, el proletariado se constituye para Marx en partido revolucionario *en tanto clase* y no como una entidad diferenciada de la clase, ni mucho menos por encima de ella. Esta concepción no puede ser calificada de "espontaneísta" en el sentido habitual del concepto, porque si bien el proceso *nace* espontáneamente, determinado por la situación objetiva del proletariado en la sociedad capitalista, su misma naturaleza implica que el factor consciente tome más importancia, que determine en creciente medida el curso ulterior, imprimiendo a aquél un carácter organizado y fijando de manera cada vez más precisa los objetivos y los medios para alcanzarlos.

Los partidos políticos obreros en el sentido habitual del término son, para Marx, expresiones parciales y temporales —"episódicas", según sus propios términos¹⁵— del partido proletario en el gran sentido histórico del concepto, con la misma propiedad que los sindicatos u otras formas de organización obrera. Marx tenía por muy importante el papel de los sindicatos —aun criticando su tendencia al "economicismo"—, mientras que en diversas ocasiones expresó sus reservas respecto a los partidos políticos obreros. "Todos los partidos políticos, fueren como fueren, sin excepción [escribe en 1869], sólo entusiasman a las masas un cierto tiempo, momentáneamente, mientras que los sindicatos captan a la masa de un modo

¹⁴ C. Marx y F. Engels, Obras (segunda edición en ruso), t. XXX, pp. 400-401. (Ya aparece la misma idea en Manifiesto comunista.) Tras de haber descrito el proceso a través del cual el proletariado se transforma en clase consciente, concluye con "esta organización del proletariado en clase, y, por tanto, en partido político..." (p. 28).

¹⁵ Ibid., t. XXX, pp. 400-401.

duradero; por sí solos son capaces de representar un verdadero partido obrero y oponer un muro a la potencia del capital."¹⁶ Este juicio, como otros análogos, no implica una subestimación de la dimensión política de la lucha de clases: Marx llama continuamente a los sindicatos a politizar su acción y a plantearse el problema del poder. Pero expresa la prevención de Marx contra la separación en la lucha de clases de su aspecto económico y social del específicamente político, y su prevención también contra la tendencia natural de los grupos políticos a separarse de la clase, a conducirla y a modelarla según sus concepciones e intereses de grupo. Durante su actividad militante, Marx luchó en diversas ocasiones contra estas tendencias. En 1850 se opone a los miembros de la Liga de los Comunistas, que, "no contentos con organizar el proletariado revolucionario" y "despreciando profundamente la actividad más teórica, consistente en explicar a los trabajadores sus intereses de clase", se consagran a "anticipar el desarrollo del proceso revolucionario y a precipitar artificialmente la crisis". Son, añade Marx incisivamente, "los alquimistas de la revolución, y comparten plenamente con los antiguos alquimistas la confusión de las representaciones, la testarudez propia de las ideas obsesivas".¹⁷ En 1873 se opone a los bakuninistas porque se consideran "los privilegiados representantes de la idea revolucionaria", "se erigen a sí mismos en estado mayor" y pretenden imponer a la Internacional, por medios conspirativos y dictatoriales, una "unidad de pensamiento y de acción" equivalente "al dogmatismo y a la obediencia ciega" y al "*perinde ac cadaver* de la Compañía de Jesús".¹⁸ En 1879, Marx y Engels se levantan contra las tendencias oportunistas que comienzan a manifestarse en el núcleo dirigente del pasado socialista alemán y, en particular, contra la idea según la cual "la clase obrera no es capaz de liberarse por sí misma".¹⁹ En resumen, y podríamos multiplicar los ejemplos, Marx y Engels se oponen sistemáticamente a toda tendencia, de "izquierda" o de "derecha", que intente remplazar al movimiento real de la clase obrera, dictarle una política o imponerle una teoría. Marx nunca concibió la acción de los comunistas, es decir, de quienes compartían sus concepciones teóricas, como la acción de un partido externo a la clase obrera, encargado de

¹⁶ Marx, declaración a Hamann. reproducida en *Les marxistes*, de Kostas Papaioannou, p. 223. La segunda edición rusa de las Obras de Marx y Engels no contiene este texto, bajo pretexto de que fue deformado por *Der Volkstaat*, periódico del partido obrero socialdemócrata alemán, pero no se conoce ninguna declaración de Marx que desmienta la versión de *Der Volkstaat*.

¹⁷ C. Marx y F. Engels, t. VII, pp. 287-88.

¹⁸ Véase C. Marx y F. Engels, "La alianza de la democracia socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores" en C. Marx, F. Engels, V. I. Lenin, *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*. Ed. Progreso, Moscú, 1973, p. 96.

¹⁹ C. Marx y F. Engels, *Obras*. t. XIX, p. 175.

una función privilegiada de dirección en el sentido leninista. Como lo proclama el *Manifiesto*: "Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros [...] no proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario"; su objetivo inmediato "es el mismo que el de todos los partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado". Los comunistas no constituyen "un partido aparte", sino un "sector" del movimiento obrero; el "sector más resuelto", que tiene "la ventaja teórica de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario" y que por eso "representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto".²⁰ Ciertamente, esta "ventaja teórica", esta "representación" de los intereses generales del movimiento, llevan en sí mismas la posibilidad, y la tendencia, de separarse de la clase en su conjunto y de entrar en contradicción con el primer principio, que dice: los comunistas no forman "un partido aparte" y no pretenden modelar al movimiento según "principios particulares". Peligro tanto mayor cuanto que la teoría que proporciona tal "ventaja" a los comunistas implica un nivel de elaboración científica que el proletariado se halla en la imposibilidad de producir por sí mismo en las condiciones del capitalismo: le es proporcionado por intelectuales que provienen, salvo excepciones, de las clases dominantes y de la pequeña burguesía. & así como se crea la premisa de una dictadura de la "ciencia" sobre el movimiento proletario y aumenta la posibilidad de que el grupo teórico monopolice la dirección efectiva. & precisamente por este peligro por lo que Marx preconiza el funcionamiento verdaderamente democrático del partido, la elección y el control permanente de los dirigentes por los militantes o la lucha contra todo culto a la autoridad y a los jefes. En su polémica contra los bakuninistas, Marx se pronuncia netamente contra todo tipo de organización jerarquizada y sometida a un régimen interior autoritario, a una doctrina oficial y ortodoxa. Defiende la legitimidad de las divergencias teóricas y políticas en el seno de la Internacional y de sus secciones, la entera libertad de discusión en la prensa, las asambleas y los congresos.²¹ Al mismo tiempo, rechaza la imposición de todo criterio "de partido" cuando se trata de investigación científica.²² Ni la

²⁰ C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del partido comunista*, cit p. 31.

²¹ Véase la recopilación *Marx y Engels sobre el anarquismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1941.

²² En una carta a Lafargue del 11 de agosto de 1884, Engels define la posición de Marx sobre el tema del modo siguiente:

Marx protestaría contra "el ideal político, social y económico" que usted le atribuye. Cuando se es "hombre de ciencia" no se tiene ideal, se elaboran resultados científicos, y cuando además se es hombre de partido, se

ciencia puede imponer sus conclusiones al movimiento obrero, ni las instituciones por las que éste se manifiesta pueden erigirse en tutores de la ciencia.

En resumen, la concepción marxista del partido político proletario es extremadamente flexible, fluida, abierta y democrática, en el sentido menos formal y más radical del concepto de democracia. Su concreción debe ser, en cada momento, función del proceso de constitución del partido proletario "en el gran sentido histórico". La clase es para Marx el gran protagonista de la acción histórica, de la revolución. El partido político proletario no puede remplazarla en este papel: debe ser instrumento suyo y estar sometido a su control. Cada vez que la forma concreta asumida por el partido —Liga de los Comunistas o 1a Internacional— les parece entrar en contradicción con el movimiento real de la clase, Marx y Engels no dudan en proponer su desaparición. El partido político no es "el dirigente" de la clase, en el sentido leninista; constituye la mediación teórica y práctica entre la comprensión científica de la lucha de clases, el desarrollo social —y ella misma sometida a una rectificación constante en función del movimiento real— y la acción autónoma del proletariado. Su misión no es asumir la dirección de la clase, sino ayudarla a "autodirigirse". Como decía Rosa Luxemburgo, polemizando con Lenin y reflejando fielmente el pensamiento de Marx: "La socialdemocracia no está *ligada* a la organización de la clase obrera; *ella* es el propio *movimiento* de la clase obrera."²³

Con la entrada del capitalismo en su etapa monopolista-imperialista se prepara una evolución en el seno del movimiento obrero que parece contradecir a la perspectiva marxista de constituir al proletariado en clase revolucionaria. Bajo la presión de las luchas proletarias, el capitalismo se va a revelar capaz de conceder mejoras sustanciales en las condiciones de vida de las masas. Los anteriores progresos de la conciencia anticapitalista, revolucionaria, parecen paralizarse o incluso retroceder, para ceder su puesto al espíritu acomodaticio y reformista que se propaga por amplios sectores de la clase obrera. El revisionismo doctrinal que refleja esa tendencia, y al mismo tiempo la alimenta, justifica este abandono de la perspectiva revolucionaria rindiendo culto a la espontaneidad del movimiento obrero. El marxismo ortodoxo reacciona exaltando el papel de la teoría del "socialismo científico",

combate para ponerlo s en práctica. Pero cuando se tiene un ideal no se puede ser un hombre de ciencia, porque ya se tiene de antemano tomado partido.

(*Correspondance Engels-Lafargue*. Ed. Sociales, París, vol. 1, p. 235.)

²³ Rosa Luxemburgo, "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa" en *Obras escogidas I. Escritos políticos I*. Ed. Era, México, 1978, p. 193.

presentándola como la fuente de la conciencia socialista del proletariado. Kautsky formula su célebre tesis: "La conciencia socialista es un elemento traído de fuera (por los intelectuales burgueses) a la lucha de clase del proletariado, y no algo que brota espontáneamente de ella."²⁴ Tesis irreconciliable, si se la toma al pie de la letra, con la concepción marxista. (Y es sintomático que Kautsky no apoye esta tesis en un texto de Marx, lo que no hubiera dejado de hacer si tal texto hubiera existido, dada la importancia del problema y el contexto en el que formula su juicio.) Y decimos si se la toma al pie de la letra, porque la lectura del documento donde se encuentra el citado párrafo demuestra que Kautsky utiliza el concepto de "conciencia socialista" en el mismo sentido que "doctrina socialista", es decir, la teoría científica del capitalismo y del socialismo. En *¿Qué hacer?* Lenin hace suya la equívoca fórmula de Kautsky, presentando su propia argumentación con la misma confusión de los conceptos y, lo que aún es peor, haciendo de ella la piedra de toque de su concepción del partido revolucionario.

Esta posición de Lenin no queda explicada solamente porque en los momentos en que escribe *¿Qué hacer?* es Kautsky para él la autoridad suprema en materia de marxismo, sino también porque la historia de la penetración y difusión del marxismo en Rusia, así como el contexto político en el que Lenin elabora su teoría del partido, le impulsan en igual sentido. En efecto, el marxismo comienza a penetrar en Rusia y a hacer rápidamente adeptos entre la juventud intelectual revolucionaria –que busca nuevas vías tras del fracaso de La Voluntad del Pueblo– antes de que el proletariado ruso haya entrado realmente en escena (lo que hará con las huelgas de 1896). Lo mismo que en el periodo precedente la *intelligentsia* populista veía en los mujiks su base de masa, la *intelligentsia* marxista de las dos últimas décadas del siglo XIX –como el joven Marx en 1843– veía en los obreros, que apenas comenzaba a producir el tardío capitalismo ruso, las "armas materiales" de su nueva filosofía. "Introdujo" entre ellos la "conciencia socialista" que la práctica de la lucha de clases no había tenido tiempo de despertar todavía, ni siquiera de manera embrionaria. Este hecho empírico se le presentaba a Lenin como la confirmación a la tesis de Kautsky. Acentuando incluso el fondo idealista de la tesis, Lenin llega a afirmar: "la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del ascenso espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado *natural e inevitable del desarrollo del pensamiento* entre

²⁴ Citado por Lenin en "*¿Qué hacer?*". *Obras escogidas en tres tomos*, t. I, p. 149.

los intelectuales revolucionarios socialistas".²⁵ Por otra parte, el contexto político y social, tal como Lenin lo ve —y los acontecimientos con la revolución de 1905 le darían rápidamente la razón—, plantea con urgencia el problema de la preparación política y organizativa de las fuerzas revolucionarias y, particularmente, del proletariado. En estas condiciones, el "culto a la espontaneidad", representado sobre todo por los marxistas "economicistas", le parece un verdadero crimen. Lenin, por otra parte, está convencido de poseer la clave marxista de la revolución rusa. Todo esto permite comprender la violencia y la intransigencia de su polémica contra toda opinión que se desvíe, aunque sólo sea un milímetro, de lo que él considera es la línea marxista revolucionaria; y esto permite también comprender su tendencia a exaltar el papel del factor teórico, de la organización, y su condena sin apelación de toda concesión a la espontaneidad.

"El desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero —escribe Lenin— marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa", porque la lucha de clases en sí misma no engendra sino el "tradeunionismo" y "el tradeunionismo implica precisamente la esclavización ideológica de los obreros por la burguesía... Por eso, nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consiste en *combatir la espontaneidad*, hacer que el movimiento obrero *abandone* esta tendencia espontánea del tradeunionismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia el ala de la socialdemocracia revolucionaria".²⁶ A quienes le acusan de "oponer su programa al movimiento como un espíritu que se cierne sobre un caos amorfo", Lenin responde: "¿en qué consiste el papel de la socialdemocracia sino en ser el 'espíritu' que no sólo se cierne sobre el movimiento espontáneo, sino que *eleva* a este último al nivel de su programa"?²⁷ Lenin afirma que la orientación que tome el movimiento obrero dependerá de la lucha entre la ideología socialista (elaborada por los intelectuales marxistas y llevada por ellos al movimiento obrero) y la ideología burguesa (con sus variantes "marxistas"), cuya fuerza es enorme porque es la ideología más antigua y cuenta con todos los instrumentos del Estado y de las clases dominantes. Es una idea que se encuentra en Marx, pero con la diferencia notable de que para él el movimiento obrero tiende espontáneamente hacia la ideología socialista siendo el proletariado la *entidad central* de la lucha ideológica; la teoría marxista interviene ahí contribuyendo a la formación de la conciencia revolucionaria proletaria, pero

²⁵ Ibid., p. 142.

²⁶ Ibid., p. 150.

²⁷ Ibid., p. 160.

sin remplazar al verdadero demiurgo: la praxis revolucionaria del proletariado. En Lenin, por contra, el movimiento obrero aparece como *objeto* de esta lucha ideológica entre los teóricos marxistas y los ideólogos burgueses. Y, en la medida en que también es *sujeto*, tiende "a refugiarse bajo el ala de la burguesía". Así ve Lenin la necesidad de un poderoso instrumento, capaz de preservar y de agudizar el arma de la teoría revolucionaria, tanto frente a la ideología burguesa como frente a la ideología espontáneamente segregada por el movimiento obrero; un instrumento capaz de poner en práctica la célebre fórmula leninista: "Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario", cuyo contenido exacto en el contexto del *¿Qué hacer?* es el siguiente: hay que crear el movimiento revolucionario a partir de la teoría según principios, política, plan y formas de organización elaboradas de antemano por los intelectuales marxistas depositarios del "socialismo científico". Este instrumento poderoso es el partido, tal como Lenin lo concibe. Frente al culto a la espontaneidad, Lenin inaugura en la historia del marxismo el culto al partido; al partido depositario de la ortodoxia marxista, portador de la conciencia socialista, organizador y dirigente de la clase obrera e instrumento decisivo de la revolución.

Si el principio teórico básico de su concepción del partido —el ser el portador de una conciencia exterior a la clase— lo toma Lenin de Kautsky, el principio organizativo le viene en parte inspirado —sólo en parte, pues, como veremos, tiene también un origen germano— por "la magnífica organización que tenían los revolucionarios de los años setenta, que debiera servirnos de modelo a todos". Nuestra obligación, dice Lenin, es "crear una organización de revolucionarios tan buena como la de los partidarios de Tierra y Libertad o de crear una organización aún incomparablemente mejor".²⁸ Y Lenin, en efecto, se inspira en este modelo, aunque perfeccionándolo. Su figura central será la misma: el *revolucionario profesional*, cuyo origen social será, salvo excepciones, el mismo de los revolucionarios profesionales de los años setenta: la *intelligentsia*. Incluso aunque Lenin afirmase la necesidad de convertir en revolucionarios profesionales a obreros vanguardistas e instruidos, retirándolos del trabajo de las fábricas, los resultados seguirían siendo insignificantes, especialmente en lo concerniente al núcleo dirigente. (En el momento de la revolución de Octubre, el comité central del partido bolchevique sólo contaba con un obrero en su seno.) Consecuencia lógica, teniendo en cuenta

²⁸ Ibid., p. 230.

el nivel teórico que exigía el partido para entrar en el núcleo dirigente y el nivel cultural medio del proletariado ruso.

El esquema general de la organización responderá igualmente al modelo populista de los años setenta: "Entonces [dice Lenin continuando a su manera el análisis de Plejánov] existía un centro bien organizado, con una disciplina perfecta: alrededor suyo existían organizaciones que había creado él mismo, y lo que había fuera de esas organizaciones sólo era caos y anarquía."²⁹ Lenin propone una estructura análoga para el partido marxista: una organización central de revolucionarios profesionales; en torno a ese centro y subordinadas a él, organizaciones de revolucionarios "no profesionales", debiendo estar el conjunto rigurosamente centralizado, jerarquizado y disciplinado. Para que no quede ninguna duda sobre el tipo de organización deseado, Lenin utiliza términos militares: "Lo que nosotros necesitamos es una organización militar de agentes [...] exigimos que todos los esfuerzos tiendan a reunir, organizar y movilizar un ejército regular [que] organice eficazmente el asedio de la fortaleza enemiga" y prepare su asalto, y que llegado el momento de éste "no se vea arrastrado por la multitud, sino que se sitúe delante de ella, a su cabeza".³⁰

El tipo de organización concebido por Lenin se parece, en sus principios de organización, al tipo de organización del enemigo, que Lenin define de la manera siguiente: "una organización puramente militar, rigurosamente centralista, que hasta en los más mínimos detalles está dirigida por una voluntad única, como es la organización del gobierno ruso, nuestro enemigo directo en la lucha política".³¹

Uno de los principales instrumentos de esta organización enemiga es la policía política, y —según declara Lenin— las masas obreras son incapaces de luchar eficazmente contra la policía política; esta lucha exige "cualidades especiales, exige revolucionarios profesionales [...] bien adiestrados, al menos tan bien como nuestra policía".³²

La impresión de hallarse ante una tentativa por trasplantar al funcionamiento interno del partido el principio autocrático y burocrático que dominaba a todo el régimen político del país fue tan fuerte entre los principales marxistas rusos, en los primeros años de nuestro siglo, que la mayor parte —de Plejánov a Trotsky— no dejaron de expresarlo abiertamente en su polémica

²⁹ V. I. Lenin, "Un paso adelante, dos pasos atrás". *Obras escogidas...*, t. I, p. 327.

³⁰ "¿Qué hacer?", cit., pp. 262, 263.

³¹ Ibid., p. 244.

³² Ibid., pp. 209, 222-23.

con Lenin. Pero éste podía responderles con argumentos sólidos, basados en el análisis del periodo en que la socialdemocracia había trabajado con métodos "artesanales", sin dirección central ni plan; podía fácilmente demostrar la imposibilidad de la democracia en el partido bajo el régimen policiaco zarista. El tipo de organización que él preconizaba respondía, muy evidentemente, a ciertas exigencias de la lucha revolucionaria bajo el zarismo. La organización de revolucionarios profesionales, ayudada por las subordinadas organizaciones de revolucionarios "no profesionales", proporcionaba un instrumento eficaz para llevar al movimiento espontáneo, a las organizaciones obreras informes, al movimiento estudiantil y a los campesinos la línea política elaborada por Lenin, y para introducir en este "caos" un atisbo de organización a escala nacional. En una palabra, para poner al movimiento obrero y al conjunto del movimiento revolucionario bajo la dirección del partido detentador de la teoría y de la conciencia, dotado de un plan y de objetivos precisos. Se explica así el apoyo recibido por Lenin por parte de una fracción importante de los marxistas rusos, a pesar de la hostilidad de reconocidas personalidades.

Por otra parte, el genio revolucionario de Lenin, su capacidad de análisis concreto de una situación concreta, le impulsó a introducir correcciones en las normas e ideas de *¿Qué hacer?* cuando la revolución de 1905 demostró que el movimiento espontáneo de las masas no tendía inevitablemente "a refugiarse bajo el ala de la burguesía" y que era capaz de inmensas iniciativas revolucionarias.

En sus escritos de 1905 y siguientes, Lenin subraya el gran significado de estas iniciativas. En noviembre de 1905 llega a declarar que "la clase obrera es socialdemócrata por instinto, de modo espontáneo".³³ (Tales formulaciones se hacen, sin embargo, raras en el periodo siguiente y además Lenin no llega a rectificar su tesis sobre el movimiento espontáneo como incapaz de crear algo más que una conciencia tradeunionista y tendiente a subordinarse a la burguesía.) Aprovechando la limitada libertad política arrancada al gobierno por la revolución, Lenin propone una cierta democratización del régimen interior del partido. La conferencia de Tammerfors adopta el principio del "centralismo democrático", pero las mismas condiciones políticas limitarán en gran medida el alcance práctico de esta resolución.

Estas correcciones no deben, sin embargo, ser interpretadas como una revisión fundamental de la concepción del partido tal como se halla expuesta en *¿Qué hacer?*, *Un paso*

³³ V. I. Lenin, "Sobre la reorganización del partido". *Obras escogidas...*, cit., t. I. p. 585.

adelante, dos pasos atrás, etcétera. En principio, la relación esencial entre partido y clase permanece inalterable: el partido sigue siendo el depositario de la verdad teórica y de la conciencia, entendidas en el sentido que les da Kautsky (y que Lenin nunca refutará); la clase sólo puede constituirse en clase revolucionaria bajo la dirección del partido –en el sentido más fuerte y más directo del término dirección– y solamente si el partido aporta a la clase la conciencia socialista y la educa políticamente; es el partido quien controla a la clase y no a la inversa, sustituyéndola siempre que la clase se desvíe del recto camino que el partido ha marcado; y siempre es el representante auténtico de la clase, incluso aunque la clase no lo reconozca como representante suyo. En suma, lo que permanece inalterable es la *exterioridad* del partido con relación al proletariado. Exterioridad por el origen de su título de dirigente, que no proviene de la clase, sino de una teoría elaborada fuera de ella; exterioridad por su modo de enlazarse con la clase, reflejado por las habituales fórmulas según las cuales el partido, para ser invencible, debe apoyarse en la clase, *ligarse* a ella, *colocarla bajo su dirección*, etcétera. Se refleja también, y especialmente, en la diferencia fundamental que Lenin exige se establezca entre el partido y las organizaciones de masas de la clase obrera, particularmente los sindicatos; diferencia ligada a la subordinación. Todas ellas deben estar bajo la dirección del partido y reconocer su autoridad. Para Lenin, los soviets sólo pueden ser verdaderos órganos del poder de la clase obrera si están situados bajo la autoridad del partido. En una palabra, el partido es el protagonista central de la revolución y la clase el sujeto auxiliar como mucho.

Además, permanece igualmente intocado lo esencial de la concepción organizativa del partido. En el "centralismo democrático" leninista, el "centralismo" conserva siempre la preeminencia sobre la "democracia" (y la degeneración stalinista consistirá en liquidar totalmente este segundo término), porque se asocia a los poderes extraordinarios que, según Lenin, deben tener los órganos dirigentes, así como a la sobrevaloración de los jefes, a su estabilidad y a sus atribuciones, que les permiten condicionar –de manera decisiva en condiciones normales– el ejercicio de la "democracia" por parte de la base y los órganos inferiores. Lenin se indigna contra los "demagogos" que provocan la desconfianza de los obreros "hacia todos cuantos les aportan del exterior conocimientos políticos y una experiencia revolucionaria", y pone el ejemplo de los socialdemócratas alemanes: "Los alemanes están lo bastante desarrollados políticamente y han amasado suficiente experiencia

política para comprender que sin una "decena" de jefes de talento (los talentos no surgen por centenares) , probados, profesionalmente preparados e instruidos por una larga práctica y perfectamente de acuerdo entre sí, ninguna clase de la sociedad moderna puede llevar adelante resueltamente la lucha."³⁴ (Hasta la "traición" de 1914, Lenin mantendría la misma admiración ante la organización de la socialdemocracia alemana, a causa de la autoridad y de la estabilidad de su dirección.)

Lenin no piensa que la esencia de su concepción organizativa corresponda exclusivamente a las condiciones rusas, incluso aunque —por causa de éstas— aquélla tome determinados rasgos característicos que emanan fundamentalmente de la lucha contra la policía política. Siempre en la estela de Kautsky, declara que las diferencias básicas —en materia de organización— entre la ortodoxia marxista y el revisionismo pueden resumirse en una fórmula: "Burocratismo versus democratismo" (queriendo decir aquí "burocratismo" organización centralizada, jerarquizada y profesionalmente organizada sobre la base de la especialización de los miembros en las diversas actividades del partido). "El burocratismo versus democratismo, es precisamente el centralismo versus el autonomismo; es el principio de organización de la socialdemocracia revolucionaria frente al principio de organización de los oportunistas de la socialdemocracia. Este último trata de ir de abajo arriba, y por ello defiende, siempre que puede y cuando puede, el autonomismo, el 'democratismo' que va (en los casos que hay exceso de celo) hasta el anarquismo. El primero trata de empezar por arriba, preconizando la extensión de los derechos y poderes del organismo central respecto a las partes."³⁵ Rosa Luxemburgo criticó muy particularmente esta identificación entre revisionismo (en el plano teórico y político) y democratismo (en el plano organizativo), y no cabe duda de que esta crítica de la representante más cualificada de la socialdemocracia revolucionaria fuera de Rusia refleja fielmente la concepción de Marx.

A fin de cuentas, las estructuras y el funcionamiento del partido preconizados por Lenin no eran otra cosa que la concreción organizativa del concepto de partido en tanto que exterioridad dominante con respecto a la clase; el modo de asegurar la independencia y preservar el poder de decisión del partido —en realidad del núcleo dirigente— tanto para la

³⁴ V. I. Lenin "¿Qué hacer?", cit., p. 219. En Un paso adelante, dos pasos atrás expresa la misma idea de otra manera: "Ahora somos ya un Partido organizado, y esto entraña la creación de un poder, la transformación del prestigio de las ideas en el prestigio del poder, la sumisión de los organismos inferiores a los organismos superiores del Partido" (pp. 421-22).

³⁵ Ibid., p. 447.

elaboración de la ortodoxia teórica como para la elaboración y la aplicación de la política concreta. No basta para ello que el partido tenga una organización propia y diferenciada de la clase, puesto que la organización debe estar ligada a las masas y, por tanto, expuesta a las influencias exteriores; es preciso, además, que la organización sea protegida contra la ideología "espontaneísta", y, para lograrlo, el poder de decisión debe hallarse concentrado en un pequeño núcleo particularmente "firme", y dentro de este núcleo en el jefe, concebido como la clase de la cohesión del grupo. Trotsky, desde 1904, había resumido perfectamente la lógica inherente a esta concepción del partido: el partido y el jefe al comité central.³⁶

La victoria bolchevique de octubre de 1917 consagró la teoría leninista del partido, lo mismo que la derrota de los espartakistas alemanes y de los consejos obreros italianos desacreditó las concepciones luxemburguistas o gramscianas, muy próximas a las de Marx. La IC fue constituida enteramente en base a la teoría de Lenin. Y adquiriendo una dimensión supranacional, todas las características de exterioridad con relación a la clase, propias del modelo leninista del partido, se vieron reforzadas y acentuadas. El cuerpo central de revolucionarios profesionales (Comité Ejecutivo de la IC, red de delegados e instructores, etcétera) constituían un mundo lejano y misterioso para el movimiento obrero de cada país. Y como los revolucionarios profesionales de cada sección nacional debían obediencia a este cuerpo central, el ejercicio de su función se separó de cada respectiva clase obrera mucho más que en el caso de los revolucionarios profesionales bolcheviques.

El modo en que fueron creadas las secciones de la IC influyó en igual sentido. Mientras que el partido bolchevique se había formado a partir de la singularidad del movimiento revolucionario nacional, en base a una elaboración teórica y política autónoma, la constitución de los partidos comunistas representa, en mayor o menor grado, un corte con las tradiciones y experiencias revolucionarias nacionales. Mientras que la ruptura de los bolcheviques con las variantes rusas del oportunismo era resultado de un complejo y prolongado proceso de lucha ideológica y política, la IC y sus secciones rompen con el oportunismo occidental según métodos autoritarios y burocráticos, simbolizados por las "veintiuna condiciones" para la adhesión.

De ahí parten las dificultades extraordinarias con las que chocan los nuevos partidos en la mayor parte de los casos al intentar enraizarse en el movimiento obrero. Si pese a todo llegan

³⁶ Véase *Nos tâches politiques* (1904). Ed. Denoël-Gonthier, París, 1970. p. 121.

a mantenerse y en algunos casos —muy pocos— a reunir efectivos importantes, es porque representan una voluntad revolucionaria que atrae a los grupos más radicalizados del proletariado, porque se benefician del prestigio de la revolución de Octubre y porque cuentan —factor no despreciable— con el apoyo financiero del Estado soviético. Pero estos dos últimos factores contribuyen a reforzar la dependencia de cada sección nacional respecto al órgano supremo instalado en Moscú, que controla los fondos y que se identifica con la fidelidad a la causa de Octubre.

El núcleo dirigente bolchevique de la IC se considera, además, en posesión de títulos teóricos aún más indiscutibles que los del grupo bolchevique de 1903, puesto que han sido válidos para la gran victoria de 1917. La resistencia que opone el verdadero movimiento mundial, y en particular el movimiento obrero, a sus concepciones, y el desmentido que da el desarrollo efectivo de los acontecimientos a la representación teórica leninista del grado de madurez de la revolución en el capitalismo avanzado, no conmueven su convicción de que posee la clave de la interpretación científica de la historia. Este desarrollo de los acontecimientos solamente podía ser ante sus ojos una desviación superficial y episódica de las previsiones teóricas en función de las que habían sido concebidas la estrategia, las estructuras y el funcionamiento interno de la IC. No era preciso, pues, reformar el instrumento creado; por el contrario, había que preservar a toda costa su pureza ideológica y sus estructuras organizativas hasta el no lejano momento en que la revolución mundial se pusiese de nuevo en marcha y adoptase las formas previstas. Así también fueron combatidas con una "intransigencia bolchevique" todas las corrientes —surgidas en numerosas secciones de la IC en el curso de los primeros años— que luchaban por obtener una cierta autonomía política y organizativa frente al centro moscovita. La nueva concepción ortodoxa de la revolución mundial exigía la conservación de las formas organizativas del "partido mundial", y éstas a su vez proporcionaban la protección ideal de la nueva ortodoxia contra las influencias del medio externo que, en esos momentos, le era francamente hostil. Así fue como tendieron a acentuarse el carácter de exterioridad, la lógica de la sustitución y el grado de centralización y jerarquización propios del modelo leninista de partido, siendo su efecto global el creciente divorcio entre la Internacional Comunista y el mundo real.

Las corrientes autonomistas en el seno de la IC encuentran un; aliado natural en la oposición a la corriente stalinista en el seno del partido bolchevique. Esta oposición iza la bandera de la lucha contra el burocratismo y exige el respeto a las "normas leninistas", el restablecimiento de la democracia proletaria, etcétera. Es, pues, natural que, tras de la muerte de Lenin, la lucha de Stalin y sus aliados contra el trotskismo y demás oposiciones en el seno del partido bolchevique se halle estrechamente ligada con la lucha contra las tendencias centrífugas en el interior de la IC. Esto no excluye, sino que, por el contrario, implica, la alianza episódica con algunas de ellas para mejor batir a otra considerada como más peligrosa en un momento dado. Por eso la lucha contra la "izquierda" o la "derecha" en el seno del partido bolchevique no siempre aparece sincronizada con la lucha contra la "izquierda" o la "derecha" en talo cual sección de la IC. Estas etiquetas enmascaran el verdadero fondo de la lucha, que se concreta —incluso aunque se vea con frecuencia acompañada de orientaciones políticas determinadas— en el conflicto entre los procesos de monolitismo ideológico y organizativo y las tendencias centrífugas.

La conquista de la autonomía llega a ser la primera condición para la elaboración de toda política, revolucionaria o reformista, capaz de actuar sobre la realidad. La política dictada por Moscú presenta la esterilizante particularidad de no ser ni revolucionaria ni reformista, sino abstracta e ineficaz.

El contenido esencial de dicha "bolchevización" reside precisamente en el aplastamiento definitivo de esas tendencias autonomistas, con el fin de asegurar la subordinación total de la IC a la fracción stalinista en base a la justificación ideológica proporcionada por la doctrina del socialismo en un solo país. Así se hace más profunda la contradicción entre la IC y las existencias de la lucha revolucionaria en cada país. La argumentación empleada por el presídium del Comité Ejecutivo para justificar la disolución de la IC reconocía, de hecho, que ésta se había estrellado contra el factor nacional. Pero este reconocimiento sólo se basaba en las características organizativas de la IC, evitando simultánea y cuidadosamente el decir, primero, que estas características organizativas eran un aspecto inseparable de la concepción leninista del partido mundial, y segundo, que la contradicción, derivada de tal concepción, se agravó singularmente cuando la IC se convirtió en un instrumento incondicional del Estado stalinista.

Para justificar, por otra parte, su abandono de todo tipo de organización revolucionaria internacional, los liquidadores de la Komintern se basaron en esta contradicción entre la IC y las exigencias del movimiento revolucionario a nivel nacional. Pero, en realidad, la experiencia de la Komintern no demuestra la incompatibilidad de los imperativos nacionales con toda forma de internacionalismo organizado y concretado, ni en el plano teórico ni en el político. Únicamente prueba el fracaso de la *forma* IC, es decir, el fracaso de una forma exterior impuesta al proletariado internacional y subordinada a los intereses de un Estado nacional. El fracaso de esta experiencia lleva a pensar que la concreción del internacionalismo proletario en todos los niveles (teórico, político u organizativo) sólo puede ser producto orgánico del movimiento revolucionario internacional, tomado en su diversidad. Y es en este sentido en el que los conceptos de Marx sobre la I Internacional siguen siendo de una gran actualidad.

La transformación de la IC en una institución alienada y alienante, al servicio de la nueva clase dominante que se forma sobre las ruinas de la democracia soviética, se opera, pues, a través de la eliminación sucesiva de las tendencias, ideas y personalidades conflictivas que surgen en su seno. Este proceso no logra "reeducar" a todas las fuerzas iniciales de la IC, y en ello reside uno de los motivos esenciales de la rápida disminución de sus efectivos. Los que no resultan asimilables se ven expulsados o se apartan voluntariamente. Las nuevas promociones entran en un medio más condicionado y condicionante, pero un análogo proceso de selección se opera a su vez entre ellas. De ahí la gigantesca fluctuación —ingreso y salida de adherentes— de la que incesantemente se lamentan a todos los niveles de la IC.

Entre 1921 y 1928 la Komintern pierde más de la mitad de sus efectivos, lo cual significa, teniendo en cuenta la fluctuación ya mencionada, que la gran mayoría de los primeros militantes había abandonado la Internacional o había sido expulsada de ella. Entre ellos, una fracción considerable de los primeros círculos dirigentes de cada país. De las promociones ulteriores sólo quedaban aquellos cuyo grado de alienación ideológica, de adhesión fiel a los dogmas y a los jefes —casi siempre ligada a un gran espíritu de sacrificio y de combatividad— era suficientemente "elevado". Cuando se produjo el viraje al antifascismo, la IC ya reunía todas las características de lo que Marx entendía por secta —refiriéndose concretamente a los proudhonianos mutualistas, a los lassallianos y a los bakuninistas—, secta

que "intenta afirmarse contra el movimiento real de la clase obrera".³⁷ Pero en el seno de la IC estas características estaban mucho más allá en afirmadas, pues su régimen interno iba mucho más allá en la preservación del dogma, el culto a la autoridad, la disciplina mecánica y la manía del secreto.

Esta secta recibió y educó a la oleada de jóvenes que entró en la IC en los años del antifascismo, viendo en ella, como las promociones precedentes, la bandera de Octubre y la depositaria del marxismo revolucionario. Las nuevas fuerzas llegaban a la IC bajo el signo del odio al fascismo y del entusiasmo ilimitado por el nuevo mundo que parecía surgir sobre las ruinas de la vieja Rusia al compás de los planes quinquenales. Aparte de la combatividad antifascista, el rasgo distintivo de estos nuevos comunistas era la ausencia total de espíritu crítico hacia todo cuanto llevase la marca soviética, la subestimación de la teoría —ya que todos los problemas importantes eran resueltos "desde arriba"—, el "practicismo", como se decía en la jerga del partido. Y, en la medida en que se interesaban en la teoría, extraían su "alimento básico" de las obras de Stalin. Sólo se llegaba a Lenin a través de Stalin. Marx quedaba mucho más atrás, en tercera posición. Esta generación es la que proporcionaría los cuadros medios y buena parte de los dirigentes en la etapa de la Resistencia, de la liberación, de la "unión nacional", de la "guerra fría", de las democracias populares, etcétera. Dato fundamental para comprender el comportamiento de la mayoría de los partidos comunistas tras de la disolución de la IC.

No es, pues, de extrañar que la inmensa mayoría de los comunistas de los años treinta creyese a pies juntillas en la versión oficial de los procesos de Moscú. Tanto más cuanto que esta fase aguda del terror stalinista coincide con la gran campaña propagandística sobre la nueva Constitución, la cual, según declara Stalin, "consagra el hecho, de alcance histórico y universal, de que la URSS ha entrado en una nueva etapa de desarrollo: la etapa del coronamiento de la edificación de la sociedad socialista y de transición gradual hacia la sociedad comunista".³⁸ En el mismo momento en que se abatía el terror sobre la sociedad soviética, Stalin la presentaba como el reino de la libertad: allí reinaban "la libertad de expresión, de prensa, de reunión [...] la democratización completa del sistema electoral (sobre la base del sufragio universal)"; y todas estas libertades eran auténticas porque no se veían

³⁷ Citado por Michel Lowy en *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Ed. Siglo XXI, México, 1972, p. 244.

³⁸ *Histoire du Parti Communiste (bolchevique) de l'URSS*. Moscú, 1947, pp. 442-43.

falseadas por la explotación del hombre por el hombre, sino que estaban basadas en "la propiedad socialista de los medios de producción". Según la propaganda stalinista no había ninguna contradicción entre esta perfecta democracia socialista y la liquidación de las personalidades más representativas de la vieja guardia bolchevique, porque, como lo prueba la historia, todas las revoluciones han tenido sus renegados. ¿Qué tenía de extraño el que la mayor revolución de la historia tuviera el mayor número de "monstruos", de "lacayos del fascismo" y de "agentes de los servicios de espionaje", según los científicos calificativos stalinistas? A partir del momento en que se convertían en "enemigos del pueblo", los héroes de la revolución de Octubre se transformaban, según los propios términos de Stalin, en "insignificantes mosquitos contrarrevolucionarios".³⁹ Para todos los comunistas del mundo, sólo los calumniadores profesionales y agentes de la burguesía y del fascismo podían poner en duda la versión stalinista. Y no solamente para los comunistas, sino también para una gran masa de trabajadores y de antifascistas que, aun en desacuerdo con determinados aspectos del régimen soviético, no dejaban por ello de considerarlo un régimen socialista. ¿Y podía acaso el socialismo ser compatible con mentiras y crímenes tan monstruosos como los denunciados por los trotskistas, burgueses liberales, socialdemócratas y reaccionarios de todo pelaje? No solamente creyeron los comunistas en la versión stalinista de los procesos, sino que ésta se convirtió en un elemento esencial de su formación ideológica y política. Gracias a Stalin, al jefe genial, y a su vigilancia y sabiduría infalibles, la teoría y la práctica del movimiento obrero se enriquecían con la comprensión de nuevos fenómenos —como los medios diabólicos que el enemigo de clase podía poner en práctica para detener la marcha triunfal hacia el socialismo— que no habían previsto Marx ni Lenin. Formados en tal escuela, los comunistas se vieron "preparados" para comprender, y "hacer comprender" a la masa de neófitos que se unió a los partidos en el calor de la victoria antihitleriana, la repetición de estos fenómenos en los años de la "guerra fría", la transformación de los principales cuadros comunistas de las democracias populares en otros tantos nuevos "monstruos", agentes de todos los servicios secretos del imperialismo.

El enorme poder alienante del partido stalinista sobre sucesivas generaciones de revolucionarios únicamente puede explicarse en definitiva porque encarnaba un gran mito, nacido del acontecimiento que había despertado mayores ilusiones y las más grandes

³⁹ Ibid., p. 444.

esperanzas entre las masas proletarias y todas las fuerzas progresistas del siglo XX: la revolución de Octubre. El mito según el cual en la URSS se edificaba la primera sociedad sin explotación del hombre por el hombre, la primera sociedad fundada sobre las verdaderas igualdad y libertad. Y de este gran mito se desprendía otro: el partido stalinista era el portador indiscutible del marxismo revolucionario. Por esta razón, incluso cuando la crisis del partido stalinista comenzó a manifestarse, primero en el seno de la IC y en los partidos nacionales a continuación, esta crisis no podía entrar en una fase decisiva hasta después del hundimiento del gran mito. De ahí el significado histórico del "informe secreto" de Jruschov.

[Tomado de *Zona Abierta*, n. 14-15, Madrid, 1978. Traducción Pacho Fernández Larrondo.]